

Sobre Bernabé Soriano: Misión social de la medicina y el médico

Antonio Salido Sánchez

Sobre Bernabé Soriano

Antes de transcribir el trabajo de Don Bernabé Soriano que titula este artículo me gustaría hacer algunas precisiones históricas, derivadas del expediente académico personal, para así mejor enmarcar el trabajo de nuestro médico y situarlo en su justo momento. Por ello, he de citar que nuestro médico solicitó el 26 de abril de 1867 el correspondiente examen para aspirar al grado de Bachiller en Medicina y Cirugía, una vez que tenía aprobadas las asignaturas que el reglamento exige para tal fin, y fue citado para dicha prueba el 29 del mismo mes y año, previo el abono de los derechos correspondientes a la administración. El resultado fue la obtención de la titulación solicitada con la calificación de Sobresaliente. Al siguiente año, 1868, el 2 de junio, nuestro médico Soriano solicita examen para obtener el Grado de Licenciado en Medicina y Cirugía; abonados los derechos correspondientes es citado para el 15 de junio a

las 8 horas, superando el primer ejercicio, por lo que de nuevo se le cita para el siguiente día 16 de junio a un segundo ejercicio, a las 8 horas. Como resultado de las pruebas es aprobado con la calificación de Sobresaliente.

Un tercer escalón, por decirlo de algún modo, en su recorrido académico es el correspondiente a la Investidura como Licenciado, investidura que solicita a su vez el 22 de junio, con el correspondiente abono de los derechos de examen. El Rector de la Universidad de Granada, Dr. Enríquez, firma la siguiente nota: *«Confírase la investidura por el Decano de la Facultad, si encuentra conforme el discurso»*.

Citado para el siguiente día por el Decano de la Facultad de Medicina, Doctor Víctor Guarnerio, se le confirió a Don Bernabé Soriano de la Torre la investidura del grado de Licenciado en Medicina y Cirugía, con las solemnidades de reglamento. Devuelto el expediente al señor Rector, este remitió a la Superioridad el acta del exa-

Palabras clave: Bernabé Soriano. Misión del médico

Fecha de recepción: Octubre 2008

Seminario Médico

Año 2008. Volumen 60, N.º 2. Págs. 47-53

Misión social de la Medicina y el Médico

Ilustrísimo Señor

Señores: La sociedad primitiva probablemente se debió su origen a otros con sus convencimientos que agrupó al hombre de que nada era bastante a destruir su felicidad si no se reunía a otros y de consuno trabajaban todos por el bien procomunal.

El médico que esta sociedad naciente abarcó en esfera de acción, el que desolló por su talento no pudo menos de dominar al ignorante; el mas fuerte oprimió al mas débil siendo la excesiva sed de mando en los unos, y la crasa ignorancia en los otros, las que pueden considerarse como manantiales fecundos de tantas formas de gobierno como han existido, y de los que observamos sus primitivos modelos, si bien modificados por el transcurso de los siglos.

men para posibilitar la expedición del título correspondiente.

Con lo anteriormente expuesto, creo se puede afirmar que, el discurso sobre la misión social de la medicina y el médico, forma parte del expediente académico personal de don Bernabé Soriano, en la prueba para la investidura como Licenciado en Medicina y Cirugía, y no como se ha podido decir

43

relativa con la organización física y moral del hombre, y en cuanto al del mundo, dejó en sus acciones de manera que se encaminó al fin supremo de su existencia, que es consuno la vida de sus miembros, restablecida en salud y abarca sus facultades.

He dicho
Bernabé Soriano
 Gerona, 22 de Junio de 1868
B. S.
Bernabé Soriano

que fue un «discurso que sus compañeros de promoción le confiaron».

Misión social de la medicina y el médico

Ilustrísimo Señor.

Señores: La sociedad primitiva probablemente no debió su origen a otra cosa, sino al convencimiento que adquirió el hombre de que nada era bastante a labrar su felicidad si no se reunía a otros, y de consuno trabajaban todos por el bien procomunal.

A medida que esta sociedad naciente extendía su esfera de acción, el que descolló por su talento no pudo menos de dominar al ignorante; el mas fuerte oprimió al mas débil siendo la excesiva sed de mando en los unos, y la crasa ignorancia en los otros, las que pueden considerarse como manantiales fecundos de tantas formas de gobierno como han existido, y de los que observamos sus primitivos modelos, si bien modificados por el transcurso de los siglos.

Mas para bien de la sociedad moderna, la idea dominante en el Gobierno y administración de los Estados es procurar salud y vida a los pueblos idea eminentemente humanitaria que hasta la mitad última del siglo diez y ocho no empieza a ejercer su benéfica influencia en las leyes y en las instituciones públicas. A ella se debe la abolición de los castigos corporales, por ella se modificó convenientemente el régimen de las prisiones, de los hospitales y de los cementerios. Proclamada por los Filósofos, tomó un nombre filosófico, -filantropía-, y

si queréis darle otro que impresione las fibras del corazón, decidle, —caridad—, porque aquella es esta en su esencia, siempre una virtud, mas al mismo tiempo una máxima social, y en su ejercicio público una ciencia. Esta filosofía política está perfectamente armonizada con nuestra religión, porque ella tiene el mismo fin y parte del mismo principio. Con efecto, nuestro Decálogo nos ordena amar a los hombres indistintamente, a considerarles como hermanos, a tratarles como si fuesen nosotros mismos. Y ¿en qué se funda este deber? En la perfecta igualdad que todos tenemos ante Dios. La filosofía invocando la identidad de naturaleza física y moral hace a todos partícipes de los mismos derechos y por lo tanto iguales ante la ley natural y la justicia. Vemos, pues, en ambas que la igualdad de derechos se funda en la igualdad de creencia, que ambas están acordes.

Esta ley tan justa era casi desconocida por las sociedades antiguas; entre ellos, los derechos y los deberes estaban fundados en la distinción de razas, de nacionalidad y de rango de las familias; cada hombre consideraba a los demás como esclavo o libre, padre o hijo, noble o plebeyo, mas no como ser enteramente igual a él. La idea de humanidad no estaba encarnada en las sociedades Griega y Romana. Esta no nace verdaderamente, o al menos no empieza a sentirse su influencia hasta después de la formación de la sociedad Cristiana; y aun con esta misma, ¡cuán lento ha sido su paso! Y para convencernos de ello, dirigamos una mirada

retrospectiva a los códigos de nuestro pasado y en ellos encontraremos que los delitos eran castigados de distinta manera, según que el individuo a quien se infería pertenecía a la clase noble o plebeya, libre o esclava; así es que podemos exclamar con Gizot: «Han sido necesarios mas de catorce siglos para que en el esclavo veamos un hombre, y para que esta idea pase de el orden religioso al político, de el Evangelio a las leyes».

¿La medicina, ha influido en esa colossal y bella empresa de la organización filantrópica de la sociedad? Sí, Ilustrísimo Señor. Ella crea y dirige las casas de maternidad, los auxilios que han de prestarse en las mismas; prevee y evita en muchos casos los peligros de que puede estar rodeado el nacimiento de algunos seres; y a sus cuidados y auxilios deben la vida multitud de infantes, a quienes la ignorancia o el vicio de los autores de su existencia habrían privado de ella. Por la medicina, hospitales y hospicios en donde afluyen tantos desgraciados que gimen bajo el peso de la miseria o el abandono, han sufrido mejoras que muchos puntos llegan a tal grado de perfección que bien pudieran servir de modelo para la construcción de las casas de los magnates en cuanto a sus buenas condiciones higiénicas, a la esmerada asistencia de los enfermos, a los recursos científicos aglomerados de tal manera que pueden llenarse todas las indicaciones oportunas. Y aun con esto no están satisfechas todas las ambiciones de la ciencia; quiere más, ambiciona su sustitución por la beneficencia domiciliaria a fin

de hacer el socorro mas eficaz, pues impide la suspensión violenta de los vínculos de familia que tanto pueden dulcificar las penas, y contribuir por lo tanto a la pronta terminación de las dolencias del pobre ser que se encuentra sumido en la miseria.

Sus incesantes desvelos y adelantos han evitado a la sociedad y a las familias ese tétrico y repugnante espectáculo que ofrecen el individuo, que conducido a la fosa en estado de muerte aparente, despierta de su letargo para morir al fin.

Levantó su potente voz contra la industria manufacturera moderna al ver que la estadística necrológica de los distritos fabriles arrojaba desconsoladoras cifras si se comparaban con las de los agrícolas. Fue oída, y desde entonces la ley prescribe en Inglaterra, Francia, Prusia y España el tiempo de duración del trabajo; relacionándolo con las edades las condiciones de capacidad y salubridad de los talleres, y el mal se ha evitado en parte.

La medicina también expone los medios de disminuir la influencia del suelo y el clima, ora desecando lagunas, ora promoviendo plantaciones útiles; ya cambiando la construcción y situación de los pueblos, ya modificando el régimen dietético de los habitantes, mediante la introducción o aclimatación de nuevas sustancias alimenticias.

En infinidad de ocasiones ha salvado a la humanidad de funestas calamidades, ya evitando mortíferos contagios, ya llegando a destruir dolencias que en otros tiempos causaban multitud de víctimas; de lo cual tenemos

un patente ejemplo en el escorbuto, de esa mortífera enfermedad que en tiempos no muy lejanos llenaba de luto a los infelices marineros.

Y cuando el hombre ha dejado de existir, pagando este tributo a la naturaleza, la medicina, en fin, da los mas saludables consejos para que el asilo de los muertos no se convierta en foco de infección para los vivos.

La medicina, dejará sin terminar la obra comenzada ¿Dejará de intervenir en la organización de que venimos hablando? No, y mil veces no; porque es por excelencia la ciencia bienhechora y saludable; porque esta exenta de toda intención hostil e interesada, y no interviene mas que para prevenir el malo remediarlo. Encargada de la vida de los hombres, subordina a este principio todos los intereses de cualquier orden que sean, y tiende a realizar, ya en las instituciones públicas, ya en el seno del hogar doméstico las condiciones materiales o morales que conducen a este fin. Como se ve, la medicina bajo este punto de vista es esencialmente social y civilizadora; tiende a hacer que los sentimientos de humanidad dominen a los de tan nobles, mas con frecuencia exclusivos de patriotismo y racionalidad.

La gran obra de la reunión de la especie humana en una sola familia que la religión y la poesía empezaron, será acabada por la ciencia, y por la ciencia mas directamente encargada en la conservación, mejoramiento, propagación y por consecuencia el bien estar físico y moral de la especie; por esa ciencia que, asemejándose a la religión, asiste al nacimiento

del hombre, le sigue en su desarrollo y le acompaña hasta su tumba.

Los deberes del médico en sociedad no han sido en todos los tiempos tan humanitarios como en el presente. Y si queréis convencerlos de ello, oid los preceptos del mas humanitario de todos los filósofos de la antigüedad, de Platón. Este aconseja seguir la conducta de Esculapio que negaba los auxilios de su ciencia a los incurables, porque ya su vida no era útil ni al Estado ni a ellos mismos. Mas es probable que este principio no haya sido aceptado en toda su extensión, y menos puesto en práctica; sin embargo de que algunos depositarios de la ciencia de curar hayan negado sus socorros a los enemigos de su patria; de lo cual tenemos un ejemplo en el divino Viejo al no querer socorrer a los Persas. Esta conducta que podría ser muy noble y digna para los Griegos, no puede en manera alguna ser aceptada por nosotros.

El médico en nuestra sociedad tiene otras máximas de conducta, otras nociones del deber profesional. Vivir para los demás y no para sí, ese es el principio a que debe subordinarlo todo, sacrificando a él no solo su reposo y ventajas personales, sino aun su propia vida.

Cuando se encuentra al lado del lecho del dolor, cuando la guadaña de la muerte trata de cortar el hilo de la vida a algún ser, en que se encuentra representada la virtud o el vicio, la ciencia o la ignorancia, y aun lo más sublime y bello que sobre la tierra podemos encontrar, entonces deja de ser hombre, es el sacerdote de la humanidad.

Cuando una de esas epidemias que llevan la consternación y el luto a los puntos en que fija su planta nos sorprenda, el médico no se aparta del lecho de agonía por mas que en muchas ocasiones su papel esté reducido a ser simple espectador de la muerte, por mas que esté convencido de que los enfermos son focos de infección, de que su aliento envenena, sacrifica su propia existencia en bien de la humanidad. En el campo de batalla solo ve hombres, no naciones ni partidos, esto es, que en el médico la caridad hace acallar los demás sentimientos. Obrando de este modo cumple su misión social, y podemos calificarlo con el honroso nombre de sacerdote de la humanidad.

De todo lo expuesto, Ilustrísimo Señor, se deduce que la misión social de la medicina es dar consejo a los Gobiernos a fin de que las leyes estén en relación con la organización física y moral del hombre; y en cuanto al del médico, dirigir sus acciones de manera que se encaminen al fin supremo de su profesión, que es conservar la vida de nuestros semejantes, restablecer su salud y aliviar sus penalidades.

He dicho.

Bernabé Soriano (firmado).

Granada, 22 de junio de 1868.

V.º B.º El Decano Victoriano Guarnerio (firmado).

En este discurso, para la investidura como licenciado en Medicina y Cirugía, que realiza Bernabé Soriano, expone que la medicina no se queda en ser el mero arte de sanar enfermos. La figura del médico queda resalta-

da como un miembro de la sociedad que colabora con sus prácticas no solo en la salud de los individuos. La medicina tiene una función social colaboradora del bienestar común que va adquiriendo el conjunto de la sociedad. Para ello realiza una comparación histórica con el concepto de medicina y de hombre que había en la antigüedad con el que se iba imponiendo en su tiempo.

Con su lectura comprobamos que no se trata de un estudio empírico, de un informe de investigación, sino más bien un programa de trabajo. La presentación de un modo de entender la práctica médica como servicio público. Y para argumentarlo no duda en hacerse eco de las ideas de algunos pensadores sociales. Así, en el comienzo del discurso, se pueden notar algunas ideas ilustradas como la del progreso de los pueblos. Como «la sociedad moderna, la idea dominante en el Gobierno y la Administración de los Estados es procurar salud y vida a los pueblos»: concepto que bien podría ser expresión de ilustrados como Turgot, Montesquieu, o Diderot. El progreso conlleva medidas racionales como son: «la abolición de los castigos corporales, se modifica convenientemente el régimen de las prisiones, de los hospitales y los cementerios», entre otras. Todo ello basado en un ideal de humanidad, la filantropía, una visión que él aduce próxima a la idea cristiana de caridad. Y es que esa igualdad con la que la medicina trata a los enfermos, cree y afirma que esta basada en la idea cristiana de considerar a todos los hombres como hermanos. Así, lleva la cita de Gizot, que

resulta significativa. Este historiador y político francés es paradigmático en la introducción de medidas de mejora social (es el que conforma el sistema educativo francés en la mitad del siglo XIX y que perdura hasta nuestros días).

Sin embargo nos equivocaríamos si considerásemos a Bernabé Soriano como un autor de inspiración ilustrada. Recoge algunas ideas, pero no las transmite de la misma manera. Por ejemplo, en el comienzo del discurso recoge la idea aristotélica del origen natural de la sociedad, y esta idea es contraria a la de un acuerdo racional entre los hombres, que los saca de un estado natural para iniciar la vida social, evitando los problemas de convivencia. El origen natural de la sociedad parte del hecho de que el bienestar común es algo que solo podemos conseguirlo con la intervención de todos. La medicina colabora en esa labor social no solo en la curación de los enfermos, sino con el consejo sobre medidas higiénicas, que va detallando a lo largo del discurso. Su mentalidad de carácter conservador se pone de manifiesto en la equiparación que hace de la tarea asistencial con las tareas caritativas de la religión. Si bien la equiparación que hace del médico como una especie de sacerdote nos recuerda a la imagen de Augusto Conte. Este autor ve la ciencia como el sustituto social de la religión, y que los científicos deben de convertirse en los guías de la nueva sociedad que se inaugura con el dominio de la razón.

Quizá nuestro autor tuviese conocimiento de estas ideas de positivismo, pero no parecen recoger su espíritu

materialista. La Fisiocracia sería el régimen de gobierno en el que los científicos tienen un gran poder de decisión, acaso algo parecido a lo del actual término de Tecnocracia.

El anteriormente citado Gizot era jefe de los llamados Doctrinarios, –partidarios de las reformas sociales–, pero de corte intelectual, sin caer en el populismo social o en los excesos de la pasada Revolución Francesa. De la misma manera que Platón en su obra *La República*, –a la que alude en uno de los pasajes–, sobre la atención a los enfermos. Este filósofo ateniense propugnaba una forma de gobierno donde los más sabios ocupasen el poder. Su base era que quien tiene mayor conocimiento es el que tiene mayor dote para conseguir el bien común, el que puede tomar las medidas más adecuadas para la sociedad. Así pues, vemos que el discurso mantiene una posición basada en notables argumentos que el autor ha tratado de encauzarlos para darle fuerza.

Ideas todas del discurso que se puede afirmar fueron la base de todas sus actuaciones profesionales, tanto en su actividad profesional privada como a lo largo de toda su vida profesional en los muy diversos cargos directivos – institucionales que desempeñó (Academia Médica, Hospital San Juan de Dios, Diputado Provincial, Junta Provincial de Sanidad, etc.) y que podría ser interesante estudiar pormenorizadamente a lo largo de los muchos datos biográficos que de nuestro Bernabé Soriano disponemos.

Por el momento, sirva la presentación del discurso de investidura para darlo a conocer a la sociedad en general y, muy en particular, a la comunidad médica que acaso sea la más interesada en el citado discurso y en la figura que realizó tal discurso.

Antonio Salido Sánchez, *Médico*.